

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

PALMA. (Imprenta Balear.
Rullan, hermanos.
García.)
MAHON. Orfila. (D. Domingo.)
IVIZA. Cabot.
Sale todos los días por la tarde, ex-
cepto los sábados.

EL BALEAR.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Por un mes.
En Mallorca 8 rs.
En Menorca e Ibiza fran-
co de porte 10 rs.
En los demas puntos del
Reino. id. id. 12 rs.
Cada número suelto 1 rl.

PALMA.—DOMINGO 19 DE AGOSTO DE 1849.

VARIEDADES.

Los sucesos del 24 de febrero en Francia, origen de la situación actual de la Europa, no han sido bien conocidos hasta el día, y especialmente el papel representado en ellos por la duquesa de Orleans. El siguiente trabajo histórico publicado por la *Revista de ambos mundos* ha venido á descender el velo sobre muchos misterios, y ofrece el interés mas palpante. Nuestros lectores, sin duda agradecerán que se lo ofrezcamos. Al interés histórico se une en él la simpatía que las desdichas de una madre prestan á la noble figura de la ex-regente de Francia.

EL 24 DE FEBRERO.—UNA REGENCIA DE ALGUNAS HORAS.

«El rey Luis Felipe había pasado su última revista y vuelto á las Tullerías. Mientras que conferenciaba en su gabinete con algunos hombres políticos, la reina y las princesas, encerradas en una pieza inmediata, esperaban... bien puede adivinarse con cuánta ansiedad. Habiéndose acercado á la señora duquesa de Orleans una persona de su servidumbre, le preguntó con inquietud:—¿Qué se hace? ¿Qué hace la señora? Aquella persona respondió:—«Yo no sé lo que se hace, sino únicamente que mi puesto es al lado del rey, á quien no debo abandonar, y á quien no abandonaré.» De repente se abrió la puerta, y apareciendo el rey, exclamó con voz fuerte:—«¡Abdicó!» A estas palabras, la reina, la duquesa de Orleans y todas las princesas se agruparon al rededor del rey, conjurándole, con las lágrimas en los ojos, á que no abdicase, y la duquesa se echó casi á sus pies estrechando su mano con un tierno y doloroso respeto. Pero el rey no respondió nada, y entró en su gabinete, seguido de las princesas. Mientras que Luis Felipe, apremiado por todas partes, firmaba su abdicación, no con las vacilaciones y tergiversaciones miserables y pusilánimes que supone un escrito sin autoridad y sin verosimilitud, sino con una lentitud firme é imperturbable, la reina y la princesa real, agarradas de la mano, estaban en silencio al otro extremo de la mesa. A la vista de la firma fatal, cuando todo fué irrevocablemente consumado, se echaron llorando una en brazos de otra por un movimiento espontáneo. ¿Dónde colocar, en semejante escena, una palabra maléfica y dura, una espresión amarga, un cargo aun irreflexivo? ¿Qué resentimiento injusto podía manifestarse en aquel momento? Dígame lo que se quiera, solo hubo allí palabras para la ternura y para el dolor. El rey y la reina abrazaron á su nuera, á la cual hablaron entonces algunos hombres políticos de la necesidad absoluta en que se hallaba de tomar la regencia. Pero ella exclamó:—«Eso es imposible! Yo no puedo llevar tal carga, que es con mucho superior á mis fuerzas.» Otra vez insistió con el rey, conjurándole á que invalidara su abdicación; pero ya se había esparcido el rumor en la guardia nacional y en el ejército. Repitióse á la duquesa de Orleans que la regencia era el único medio de salvación para la dinastía; pero ella combatió esta opinión en pocas palabras y muy rápidamente, como todo lo que se dijo y se hizo entonces. Las personas considerables de que estaba rodeada le premiaban á que aceptase, y la princesa respondió con estas palabras:—«Quitar la corona al rey, no es darla á mi hijo.» Pero al fin fué preciso resolverse y ceder. El rey y la reina se habían marchado ya. Habiendo vuelto la princesa á su aposento en el pabellón Marsan, hizo abrir todas las puertas. Algunas relaciones, muy benévolas por otra parte, han dado á esta escena una pompa declamatoria, una especie de aparato teatral, que no está en el carácter de la señora duquesa de Orleans, y que sobre todo no estaba en aquel instante en su pensamiento. Lo que hizo entonces, lo hizo noble, digna y sencillamente sobre todo. El entusiasmo no era el único móvil que la dirigía, ni aun siquiera el motivo principal de su resolución. Sin duda admitía la posibilidad de un gran sacrificio, y era preciso que estuviese resuelta á perecer; pero tampoco desechaba la de hacerse oír de la población, y aun creía poder ser útil á la Francia, á su familia, á su hijo, tratando con honrosas condiciones. En fin, con sus hijos junto al retrato de su padre, rodeada de las personas de su casa, de algunos oficiales de marina, de algunos miembros de la cámara de diputados, y acompañada de una de sus damas, que permanecía inseparable á su destino, á todo estaba dispuesta, cuando una persona enviada por el señor duque de Nemours llegó á avisarle, de parte del príncipe, que inmediatamente fuera al Pont-Tournant por el pabellón del Horloge y por el jardín, y sobre todo que no perdiese un instante en salir de las Tullerías. Al momento se puso en marcha la princesa, y á la entrada del pabellón Marsan encontró al duque de Nemours á caballo. El príncipe se colocó al lado de su cuñada para cubrirarla con su cuerpo y preservarla de los tiros que se disparaban desde la plaza del Carrousel al patio de las Tullerías, que aun no estaba invadido, pero sí á punto de serlo. A la vista misma de la señora duquesa de Orleans, habían asesinado los insurgentes á un picador que salía á caballo de las caballerizas del rey, cayendo contra la reja, ya violentamente conmovida y próxima á ceder al esfuerzo de los que asaltaban. Replegados

estos al Carrousel, marchaban recto al palacio que no habían osado atacar antes por miedo de encontrar en él resistencia; pero mas atrevidos ahora, iban á forzar la reja, y ya muchos de ellos habían penetrado en el patio. En este intervalo de algunos minutos pudo al fin la duquesa de Orleans llegar al jardín de las Tullerías por el pabellón del Horloge apretando cuanto pudo el paso. Llevaba de la mano al conde de Paris, y detras, en brazos, al duquesito de Chartres, enfermo, con calentura, y envuelto en mantillas; así atravesaron el jardín en medio de una multitud tumultuosa, que sin embargo nada tenía de hostil. De todas partes gritaban: «¡Viva la duquesa de Orleans! ¡viva el conde de Paris! Y los soldados, colocados en lo interior, presentaban las armas, y los tambores batían marcha... últimos honores hechos á la dignidad real. Así fué como llegó la princesa al Pont-Tournant, pero no encontró allí ni las personas ni los carruajes que le habían anunciado, ni tampoco pudo concertarse con el duque de Nemours que se quedara á retaguardia para dar órdenes. No encontrándose ya cerca de su cuñado, y arrastrada por los consejos de algunos hombres políticos que la habían seguido, se dirigió á la cámara de los diputados.

Haciendo justicia á su valor en este momento decisivo, se ha criticado, sin embargo, la resolución que tomó entonces. Decíase que era preciso volver al lado opuesto, y marchando por los boulevards, hacer ver y mostrar sus hijos al pueblo. Así había obrado en otro tiempo Maria Teresa: con su hijo en los brazos había arrastrado á la nación húngara entera. «¡Viva el rey Maria Teresa! habían gritado los magyares: «¡Viva la regente Elena! habían gritado los franceses... En verdad que es extraño desconocer los lugares y los tiempos. ¿Que efecto hubiera podido producir la nueva regente sobre este pueblo en revolución, sobre este ejército tan profundamente desalentado que había recibido la orden de volver las culatas arriba? La tropa le habría respondido con el silencio, el tumulto con disparos de fusilería. Sin duda que ella no hubiera palidecido ante la muerte; pero ¿de que habría servido este sacrificio, si no es para hacer la revuelta mas indomable y la revolución mas segura? Además, hubiera sido vista siquiera por todo aquel pueblo? El éxito en los mas grandes sucesos depende muchas veces de muy débiles causas. El traje parece una cosa bien frívola; el brillo exterior es sin embargo necesario en estas ocasiones tumultuosas, y cuando su prestigio está destruido, como sucede hoy en Francia, es un arma mas, rota en las manos de la monarquía. Maria Teresa llevaba el vestido nacional; un penacho blanco ondeaba sobre su cabeza; la púrpura y el armiño cubría sus hombros, y un sable pendía de su cintura. Hoy todo este aparato sería enviado á las tablas de un teatro, no podría producir efecto alguno, ó mas bien, produciría un efecto contrario al entusiasmo. Y sin embargo, ¿como dominar la multitud, como hacerse percibir en el traje de todos los días y de todo el mundo, sin señal distintiva, sin insignias particulares, sin hablar á los ojos por un medio cualquiera? Trasladándose á los boulevards y á las calles, la duquesa de Orleans solo podía conseguir hacerse matar por nada, lo cual, aunque convenia á su valor, repugnaba á su razón. Marchando derechamente á la cámara, la princesa rendía homenaje al principio que constituye la esencia, el honor de su dinastía y de su partido. A falta de la legitimidad, la monarquía de julio tenía la legalidad, y la princesa debía conservarla. Jamás se había separado de ella Luis Felipe, y esta misma fidelidad contribuyó á su pérdida: permitido es no asociarse á todos los actos de la política de este príncipe; mas, á pesar del acontecimiento, no es por este punto por el que es atacable. Solo la fé en la legalidad honró la caída del trono: la duquesa de Orleans no podía repudiar el principio que la adhería solidariamente á su familia y á su causa. Fué, pues, á la cámara de los diputados, y á riesgo de lo que sucedería, allí era, únicamente allí, donde debía llevar su dolorosa y rápida regencia. Empujada por un grito unánime, llegó, atravesando las olas de la multitud conmovida, ante el peristilo del Palais-Bourbon. Viéndola de lejos el duque de Nemours dirigióse á la cámara, se había apresurado á unirse á ella, resuelto á no abandonarla. Como hombre de honor se colocó al lado de la nueva regente, y cuando uno de los diputados que rodeaban á la duquesa de Orleans se acercó al príncipe para preguntarle sino juzgaba mas á propósito permanecer fuera con las tropas en la plaza de Luis XV, el duque de Nemours le respondió:—«Elena corre aquí peligro, y yo no quiero abandonarla; no me aconsejéis que abandone á la mujer de mi hermano.» No estoy lejos de creer que se le daba un consejo saludable y oportuno, ¿pero quién podría criticar una resolución tan noble? Y por otra parte, ¿cuanto mas segura y general no hubiera sido la crítica, no viendo al duque de Nemours al lado de su cuñada? Desde entonces no la abandonó un solo instante.

La comitiva atravesó la sala de Pas-Perdus y pronto una multitud de diputados y de individuos extraños á la cámara desembocó por todos los corredores y rodeó á la princesa á riesgo de privarla de aire.—«Nada de príncipes! exclamó un hombre vestido luego con un empleo diplomático (¿qué preparación para la diplomacia!) «Nada

de príncipes, no los queremos aquí!» Después de haber separado á los furiosos que se precipitaban delante de la duquesa para impedir su entrada en la cámara, se la sacó al fin de la apretura, y se la hizo entrar en la sala de las distribuciones, donde se sentó algunos minutos. Al fin la anunciaron á la asamblea, donde penetró, colocándose en el hemicíclo; y aunque llevan sillones para ella y sus hijos, permanece en pie junto á la tribuna. A su vista alzanse en todas partes gritos de «¡viva la duquesa de Orleans! ¡viva el conde de Paris! Las aclamaciones de la asamblea casi entera están atestiguadas en el *Moniteur*, a quien no siempre se encontrará tan exacto. Sin duda que ya habían penetrado en la cámara sentimientos hostiles; que en el fondo de las tumultuosas tribunas se sentían y adivinaban enemigos; que el silencio de los diputados de la extrema izquierda era una amenaza; pero al fin, el aspecto de la asamblea, lejos de revelar un partido tomado contra el joven príncipe y contra su madre, parecia favorable y protector. Todo dependía de un esfuerzo, y Mr. Dupin lo tentó. El presidente no creyó deber asociarse á él, y en vista de las reclamaciones de los diputados opuestos á la nueva regencia, invitó á las personas extrañas á que se retirasen, y repitiendo muchas veces las palabras de *augusta princesa*, y prodigándole los homenajes mas monárquicos, escitó á la duquesa de Orleans á que saliese de la cámara por respeto al reglamento. Entonces fué cuando volviéndose al presidente con una incomparable dignidad, le dirigió estas palabras, que conservará la historia:—«Monsieur, esta es una sesión regia!»

«Nada pudo turbarla ni conmovér, y si su intrepidez estóica hubiera podido inocularse en todas las almas, aun existiría la monarquía en Francia. Y, sin embargo, la presión material era igual por lo menos á la preocupación moral. El hemicíclo estaba lleno de una multitud numerosa que había entrado con la princesa en el recinto legislativo: tropel tumultuoso y ardiente, mezclado de amigos y de enemigos, de curiosos que habían ido para ver, de oficiosos que se hacían de nuevas, y sobre todo de individuos sin opinion que esperaban para aclamar el triunfo, cualquiera que fuese. Hombres armados que escalaban los bancos, iban y venían escitados ó llamados por sus jefes: algunos se acercaron á la princesa, tocándola casi con la mano.—«Venid, venid, señora, le dijo al pasar un joven que bajaba corriendo de la escalera de la tribuna; os respondo de vuestros hijos y de vos; venid á mostrarnos al pueblo, y os proclamará con una sola voz.—«No os mováis! exclamaba otro. «Si dais un paso, vos y vuestros hijos sois muertos!» En medio de este horrible tumulto, la duquesa de Orleans no hacia ni un movimiento ni un gesto: solamente estaba un poco pálida, y como si asistiera á un espectáculo interesante y curioso, fijaba sus miradas con una atención infatigable sobre la multitud y sobre la asamblea; y luego, cuando se le acercaban algunos de los amigos adictos que la acompañaban, les respondía con una sonrisa dulce y triste. Temiendo por su vida, le suplicaron en vano que saliese de allí.—«Si salgo de aquí, dijo, mi hijo no volverá á entrar ya.» El calor, la apretura, la carrera precipitada de las gentes que subían y bajaban sin descanso, acabaron por no permitirle permanecer mas tiempo al pie de la tribuna, y pasó á las gradas superiores de la sala, donde se sentó con sus hijos y el duque de Nemours, seguidos por los oficiales de la casa del conde de Paris y por algunos diputados y guardias nacionales.

«Nada estaba todavía perdido, cuando palabras frias y crueles, caídas gota á gota de la tribuna, penetraron en el centro de la asamblea, y helaron los corazones sorprendidos é indecisos. Enfrente del duque de Nemours, cuya presencia atestiguaba una aquiescencia formal y una abdicación muy noblemente voluntaria, M. Marie se hizo el campeón benévolo de su regencia. Recordó la ley que la había conferido á este príncipe, y dijo:—«Es preciso obedecer la ley...» «La ley dada por aquellos mismos poderes cuya destrucción estaba decidida, consumada!... El orador puso el colmo á su gloria pronunciando el primero estas palabras: *Gobierno provisional*; palabras de funesto augurio, destinadas á servir de enseña á una anarquía que la Francia hubiera debido sofocar desde entonces en su gérmen, pero que, á falta de prevision, ha detenido al menos con valor en su marcha rápida y desordenada. «¡Ojalá pueda perseverar en este camino! Mr. Cremieux prestó á su honorable colega el apoyo de su talento, pero creyó deber añadir la pantomima á la elocuencia. Después de haber hablado, se deslizó junto á la duquesa de Orleans, y le enseñó un papelito, en el cual le había escrito su lección en términos ambiguos que podían servir á dos fines, añadiendo á este don inestimable muchos consejos excelentes sin duda. Mr. Cremieux fué escuchado en silencio, porque él asegura que fué escuchado. De todos modos, el tiempo era demasiado precioso para emplearlo en proponer enigmas y adivinar logogrifos. La princesa tomó el papelito que le alargaba con conjeturas improvisadas lo arrugó entre sus dedos, y lo dejó caer... Dícese que lo recogieron. La señora duquesa se levantó por segunda vez, é intentó ser oída, lo cual creyó por un instante haber conseguido; pero apenas hubo pronunciado con mucha calma y sangre fria estas palabras:—«Mi hijo y yo hemos

venido aquí...» cuando los ahullidos de la multitud de abajo y de las tribunas sofocaron su voz. Unos gritaban: «¡Hablad, hablad!» Otros le decían: «¡Dejad que habie Odilon Barrot!» Detenido Mr. Barrot por obstáculos tan enfadosos como inesperados, llegaba, estando en esto, y habiéndole impedido el tumulto oír á la princesa, y probablemente no habiendo advertido que estaba en pie intentando hacerse oír, por la estremada cortedad de su vista, tomó él mismo la palabra. Entonces, en la imposibilidad de hacer entender que quería hablar, la duquesa de Orleans se vió obligada á sentarse. Mr. Ledru-Rollin y Mr. Larochejacquein subieron sucesivamente á la tribuna, cuando una banda de obreros con blusa, entre los cuales se veían gentes de una clase muy diversa, á quienes se reconocía por la elegancia de sus vestidos, todos con el fusil al hombro, tambor batiente y banderas desplegadas, se precipitaron en la sala dando gritos espantosos y profiriendo amenazas horribles. Un insurgente apareció de pronto en el hemicycle invadido, y blandió una bandera á la derecha de la tribuna: «¡Ya no hay monarquía, esclama este hombre: las Tullerías están tomadas, el trono es arrojado por una ventanal!» Otro hombre se coloca á la izquierda de la tribuna; todos se apiñan y se empujan; todos quieren hablar á un tiempo, y el desórden llega á su colmo. Es inútil intentar describirlo, pues está presente en todos los recuerdos y probado por todos los documentos, incluso *El Moniteur*. Sin embargo, aquí debemos deshacer un error grave del diario oficial. Después de haber dado cuenta de esta escena tumultuosa, hace desaparecer á la duquesa de Orleans, y que deje la sala antes del discurso de Mr. de Lamartine. No queremos creer que este error sea voluntario; pero, de todos modos, es importante, es capital, y está en el interés de la historia que se deshaga cuidadosamente. La verdad es que cuando Mr. de Lamartine apareció en la tribuna, la señora duquesa de Orleans estaba en frente de él. «Señores, dijo el orador: yo he experimentado tan profundamente como cualquiera de vosotros el doble sentimiento que ahora mismo ha agitado este recinto, viendo uno de los espectáculos mas interesantes que puedan presentar los anales humanos; el de una princesa augusta defendiéndose con su inocente hijo, y viniéndose á arrojar de en medio de un palacio desierto en medio de la representación del pueblo.»

Al oír este lenguaje armonioso y pacífico, los amigos del órden creyeron salvada la monarquía, y respiraron. Uno de ellos, que se encontraba entonces mas próximo á la duquesa de Orleans, le manifestó con sus miradas la esperanza de que se sentía penetrado; pero con una seña imperceptible de mano, la princesa le hizo comprender que no participaba de sus ilusiones. Mientras que la saludaban con la espada, habia sentido la punta apoyada en su corazón, pero pronto penetró toda entera. Mr. de Lamartine continuó y á su voz cayeron todas las vanas esperanzas. Los clamores se alzaron mas furiosos que nunca, y mientras el discurso del autor de *Los Girondinos*, un hombre de blusa, con su sable desnudo en la mano, se habia apostado al pie de la tribuna, los ojos obstinadamente fijos en el rostro del orador. Cuando Mr. de Lamartine concluyó de hablar, este nombre envainó su sable, exclamando: «¡Sea en buen hora!»

Entre tanto habia crecido violentamente el ruido en lo exterior, y se oyeron culatazos que rompian las puertas de la tribuna diplomática, que se llenó de hombres armados. La cámara estaba tomada por asalto, y el presidente desapareció detras de su sillón. La porción, de la cámara que mediaba entre la duquesa de Orleans y la tribuna de la derecha fue desalojada en un abrir y cerrar de ojos, y la princesa quedó como blanco á los fusiles apuntados contra ella. Entonces consintió en retirarse ante la fuerza. La asamblea se habia levantado toda con gran rumor. Durante el tumulto, un uger de la cámara, vestido de guardia nacional, tomó al conde de Paris en sus brazos, y la princesa lo siguió llevando al duque de Chartres. Subió al corredor circular de los pares de Francia y salió por la puerta situada en lo último de la extrema izquierda. Allí ocurrió una escena terrible en un pasaje sombrío y estrecho, que daba á una escalerilla de caracol. La princesa fué separada de su comitiva por la multitud asustada, que bajaba de las tribunas como un torrente, y sintióse lanzada y comprimida contra la pared, en tanto que su débil acompañamiento, metido en este desfiladero, apenas bastante ancho para dar paso á una sola persona, desaparecia roto y cortado por el tropel. De repente un hombre de semblante horrible se arrojó sobre el conde de Paris, lo levantó del suelo y le apretó la cabeza entre sus manos, apoyando sus enormes pulgares sobre los ojos del niño. La pobre madre creyó que iba á arrancárselos de sus órbitas, precipitose sobre el asesino, y con el auxilio de un guardia nacional le hizo soltar su presa. El niño cayó, y el duquesito de Chartres desapareció arrebatado por uno que pasaba. Ahora veremos cómo fueron encontrados ambos. La duquesa de Orleans fué violentamente separada de sus hijos, arrastrada sofocada, casi tirada por la escalera, á cuyo pie permaneció llamando á sus hijos con gritos dolorosos. Creía llegada su última hora.

«Y tenia razon para creerlo así. Solo su milagro podia salvarla, y sin embargo nos dicen que tratándola de esta suerte, á ella y á sus hijos, se obraba por interes suyo; danse el aire de haberla salvado, y casi parecen contar con su agradecimiento. «Qué hubiera sucedido, se dice, si uno de aquellos hombres valerosos que estaban en la tribuna hubiese dicho: «¡Tened piedad de esa mujer y de este niño! ¡No os contentéis con rodearlos del respeto y de la compasion; dadles, á la una la regencia, al otro un trono!»

«Y el pueblo, enternecido y vacilante, tal vez habria reconducido con aclamaciones á esta mujer y á este niño á las Tullerías...»

«Y el día de mañana?..»

«El espíritu se pierde en un abismo de conjeturas, todas mas siniestras las unas que las otras, sobre las catástrofes que habrían sucedido si hombres de corta vista

y de corazón débil hubieran restaurado la regencia en 24 de febrero. Un instante de tregua, si; pero una guerra incansante luego y un nuevo tumulto todos los días al pie de las ventanas de esta mujer. La anarquía, si ella hubiera cedido; la sangre á torrentes, si hubiera resistido. Hoy, el palacio forzado, como el 20 de junio de 1791; mañana, la monarquía cautiva, como el 10 de agosto...»
(Se concluid.)

PALMA.

PUBLICACIONES OFICIALES.

ALCALDIA DE PALMA.

Quedan depositadas en esta alcaldía un arete y un broche de oro, la persona que pretenda ser su dueño podrá producir los datos que lo acrediten y le serán entregados. Palma 18 de agosto de 1849.—D. O. del S. A.—Miguel Ignacio Manera secretario.



AYUNTAMIENTO DE ALARÓ.

El reparto adicional á la contribucion del presente año, estará de manifiesto en la sala consistorial de esta villa, los dias 18, 19 y 20 del que rige, desde las ocho á las 12 de la mañana; lo cual se publica mediante este anuncio para noticia y efectos que puedan convenir á los interesados. Sala consistorial de Alaró 14 de agosto de 1849.—Jaime Fiol y Ripoll alcalde.—P. A. D. A.—Jaime Deharo secretario.

ALCANCE.

CORREO DE HOY.

El vapor-correo *El Mallorquin*, ha fondeado en este puerto á las 8 1/4 de la mañana, conduciendo á su bordo 13 pasajeros.

Los periódicos de Madrid que hemos recibido alcanzan al 14. En las *Gacetas* se leen las siguientes

DISPOSICIONES OFICIALES.

Real decreto aprobando el reglamento que acompaña para la ejecución de la ley de minería de 11 de abril de 1849.

Real órden accediendo á la instancia de don Miguel Cabanillas representante de la empresa del pantano de Nijar, para que la conclusion de la obra se inaugure con el nombre de S. M. la reina, que continuará llevando dicho pantano y mandando se le declare comprendido en el goce del máximo de las exenciones que para estas obras concede la ley de riegos de 24 de junio último.

Real decreto aprobando el reglamento que acompaña para llevar á efecto lo impuesto por el artículo 38 de la ley de minería de 11 de abril de 1849.

Otro nombrando á don Rafael Cabanillas vicepresidente de la junta facultativa del ramo de minería y designando los demás individuos que deban componerla.

Otro relevando al teniente general don Antonio Ros de Olano, del cargo de capitán general de Burgos.

Otro nombrando capitán general de Burgos al mariscal de campo don Pedro Chacon.

Real órden dictando varias medidas para la recaudacion de los productos del ramo de minería.

Otra mandando se observen varias reglas para la cuenta y razon de dicho ramo.

Otra comunicando á los gefes políticos varias disposiciones para que tenga el debido cumplimiento la ley de minería de 11 de abril último.

Otra que contiene algunas disposiciones dirigidas al mismo fin que la interior.

NOTICIAS NACIONALES.

El dia 9 á las 8 de la noche llegó á Madrid el Sr. duque de Valencia. A pesar del mal estado de su salud, últimamente mejorada, se han celebrado varios consejos de ministros despues de su llegada, con el objeto, segun parece, de poner término á las disidencias que originaron la crisis de que damos cuenta en nuestros anteriores números y cuyos rumores han ido desde entonces tomando consistencia y dando lugar á que se anunciase por algunos periódicos la salida del ministerio, ya del señor Mon unicamente, ya de este y del señor Pidal, ya en fin de otros de sus compañeros. Pero hasta el dia 14 á que alcanzan, segun hemos dicho, las últimas noticias nada se sabia aun de positivo, continuando en su puesto todos los individuos del gabinete.

Vemos sin embargo que el *Bien Público* de Barcelona, de ayer, publica las siguientes líneas:

Por cartas de Madrid de á última hora se sabe que estaba ya resuelta la modificación ministerial con la salida del señor Mon encargándose el señor duque de Valencia de la cartera de hacienda. Pensábase aprovechar la llegada de la reina á la coronada villa al objeto de asistir á la lucha de fieras, para presentar los decretos á la rúbrica de S. M. con el fin de publicarlos en la *Gaceta* del 13.

Continua la reunion de tropas en varios puntos de Andalucía con el objeto de reforzar las guarniciones de nuestras posesiones en Africa y enfrenar la osadia de las tribus. El vapor *Pizarro* y otros buques habian salido ya para Melilla conduciendo tropas y caballos.

Dice la *Nacion* que habiéndose insinuado al general Córdoba la conveniencia de encomendar á otra persona la direccion de infantería, á fin de que no sufriese entorpecimiento el despacho de los negocios, ha presentado aquel general su dimision no solo de dicho cargo si que tambien del mando en gefe del ejército de Italia. No vemos confirmada esta noticia en los demas periódicos.

Háblase nuevamente de que serán revalidados los grados y honores concedidos por el general Espartero en los últimos dias de su regencia.

Los periódicos moderados aplauden el espíritu de conciliacion que anima al ministerio, del cual acaba de dar recientemente una prueba tan notable como es el nombramiento del señor general Chacon para la capitania general de Burgos.

En la *Epoca* se leen las líneas siguientes:

Hemos recibido noticias de la Habana que alcanzan al 8 de julio, en cuya fecha reinaba la mas completa tranquilidad en toda la isla. En el hospital militar de la Habana habian ocurrido del 6 al 8 diez casos de cólera; pero segun informe del jefe del establecimiento, no se habia agravado ni seguido la enfermedad, ni muerto ninguno de los atacados. Tememos, sin embargo, que mas ó menos pronto se desarrolle en nuestra preciosa isla de Cuba esta epidemia que tantos estragos está haciendo en Méjico y los Estados-Unidos.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

Italia.—La banda de Garibaldi fué enteramente batida y dispersada cerca de San Marino por los austriacos, dejando en poder de estos 800 prisioneros. A consecuencia de este descalabro parece se trató de capitular en Rimini. Lo cierto es que llevándose Garibaldi 300 de los mas comprometidos entre el resto de sus secuaces, se embarcó con ellos en Cesenático, pequeño puerto de la Romania con intencion de dirigirse á Venecia; pero atacado por la flotilla austriaca y habiendo perdido ya algunas barcas tuvo la audacia de desembarcar en una playa cerca de Ravenna, no sin haber sufrido una perdida considerable.

En Roma no se habia formado aun el ministerio. El 2 habian llegado ya á la misma ciudad los plenipotenciarios de Austria, España, Francia y Nápoles. Se dice que el Papa no regresará por ahora á la capital de sus estados.

Corre la voz de que habiéndose acordado la evacuación de Roma por las tropas francesas, el ejército austriaco continuará dando guarnición en los estados pontificios.

El general Oudinot y el almirante Trehouart habian salido para Gaeta al efecto de recibir de manos del Papa las condecoraciones con que tuvo á bien agradecerles.

Al fin se ha firmado y ratificado el tratado de paz entre el Austria y el Piamonte. Cien cañones anunciaron el día 7 el acontecimiento á los habitantes de Milan. Se asegura que el Piamonte ha obtenido del Austria algunas concesiones respecto al modo de pagar la indemnización y muchas relativamente á la amnistia solicitada por los lombardos.

Una correspondencia de Trieste asegura que la ciudad de Venecia ardía en varios puntos y que las baterías levantadas por los austriacos en la isla de las Lagunas sin que la hubiesen visto los sitiados, principiaron un fuego mortífero llegando las bombas hasta el centro de la ciudad. Esto no obstante un periódico austriaco con referencia á cartas de las Lagunas anuncia que el fuego habia tenido que suspenderse á causa de los estragos que hacían las calenturas endémicas en el ejército austriaco.

Austria.—Los húngaros sitiados en Comorn atacaron el 3 con todas sus fuerzas á las tropas imperiales establecidas en la orilla derecha del Danubio, obligándolas á retirarse á la orilla izquierda.

Se dice que la fortaleza de Raab ha sido ocupada por los húngaros. Otras noticias procedentes de Hungría se muestran mas favorables á los imperiales, confirmando por cartas fechadas el 2 de agosto que los austriacos habian ocupado la ciudad Szegedin.

Tambien se apoderaron los austriacos de Mo-

kacz. Las demas noticias que publican los periódicos acerca la guerra de Hungría ofrecen poco interes y abundan en contradicciones que no pueden publicarse facilmente. Lo único que se deja ver en claro es que los austriacos van alcanzando ventajas en el Sud y los húngaros las obtienen en el Norte.

Alemania.—Dícese que el ministerio del imperio se ha adherido al armisticio concluido con Dinamarca bajo la condicion de que los prusianos evacuen la ciudad de Francfort.

La dieta de los ducados de Scheleswig-Holstein admitió dicho armisticio por 54 votos contra 44.

El 11 se levantó definitivamente el bloqueo de los puertos del Báltico.

Se están verificando ejecuciones militares en el gran ducado de Baden.

Francia.—Se dá por cierto que el gobierno ha llamado al general Oudinot por haber concluido noblemente su mision en Roma. Añaden que regresará con parte de la expedicion quedando para reemplazarle el general Rostolan.

Circula con visos de certeza la noticia de que el gobierno ha hecho declarar al consejo general de Berna, que en el caso de un conflicto con la Alemania, la Suiza no debia contar con el apoyo de la Francia.

El consejo de estado adoptó el dictámen de Mr. Vivien sobre la mision de Mr. Lesseps en Roma. Dicen que este documento se halla concebido en términos muy severos contra aquel diplomático.

Se habla mucho de una profunda division y antipatia entre Mr. Thiers y Mr. Berryer.

La sesion que celebró la Asamblea el día 10 fué muy tormentosa. Versaba el debate sobre las autorizaciones pedidas para encausar á dos repre-

sentantes, y habiéndose procedido á la lectura de un documento en que se dirigian ultrajes al presidente de la republica, cruzaron algunas palabras entre Mr. Pedro Bonaparte y Mr. Galtierre, de la montaña, que estaba detras de aquel y el primero dió un bofetón al segundo; algunos representantes rodearon á Bonaparte, mientras otros del partido de la montaña gritaban venganza. El presidente se cubrió y suspendió la sesion y abriéndola de nuevo al cabo de un rato para tratar de las penas que debian imponerse tanto al autor de la provocacion como al autor del hecho, volvieron á suscitarse nuevos tumultos, suspendiéndose otra vez la sesion. Abierta nuevamente sin la existencia de los expresados representantes, fueron concedidas las autorizaciones de que va hecho mérito.

La proroga de las sesiones de la Asamblea debia empezar el día 12.

El cólera estaba haciendo estragos en algunos puntos del departamento de la Charenta inferior. Las últimas noticias de Montpellier eran muy satisfactorias, pues el 11 solo habia habido unos 500 casos de cólera y aun estos benignos. En los hospitales de Paris hubo el 8 del actual 11 casos nuevos, 10 muertos y 8 salidos y el día 9 35 entrados 20 muertos y 19 salidos.

Gran Bretaña.—La visita de la Reina ha causado mucho entusiasmo en Irlanda. En Inglaterra el partido radical continua organizando meetings á favor de los húngaros.

Estados Unidos.—America.—Se ha suscitado una viva discusion entre esta república y la de Chile, quedando suspendidas las comunicaciones oficiales entre ambos gobiernos. Se dice que el de Chile ha acudido al de Francia implorando su mediacion para que cese semejante estado de cosas.

[196]

—¿Conocida vuestra? preguntó el regente.

—De una persona con la cual he estado una sola vez, pero cuyo acento ha quedado aqui, vivo en mi corazón.

—¿Y quien era esa persona? preguntó el duque, mientras que Dubois encogia los hombros á este medio reconocimiento.

—Esa persona decia que era mi padre, respondió Elena.

—Me felicito de esta casualidad, señorita, repuso el regente, porque esa semejanza de voz con la de una persona que debe seros cara, dará tal vez mas peso á mis palabras: ya sabreis que el señor caballero de Chanlay me ha hecho el favor de elegirme por protector vuestro.

—Me ha hecho entender al menos que me llevaba á casa de uno que podria defenderme del peligro que corro.

—¿Y qué peligro correis? preguntó el regente.

—Elena miró enrededor suyo, y sus ojos se fijaron con inquietud en Dubois. No habia que engañarse en esto; tan visiblemente simpática como le era la fisonomia del regente, tanta desconfianza parecia inspirarle la de Dubois.

—Monseñor, dijo á media voz Dubois, que no se hacia ilusiones sobre su situacion; monseñor, creo que estoy de mas aqui, y me retiro; ademas, ya no me necesitais, ¿es verdad?

—No ahora, pero sí pronto; no te alejes mucho.

—Estaré pronto á las ordenes de V. A.

Toda esta conversacion tuvo lugar en voz demasiado baja para que pudiera oirla Elena; ademas, por discrecion habia dado un paso atras y continuaba fijando sucesivamente los ojos en todas las puertas, esperando que al fin entraria Gaston por una de ellas.

Cuando Dubois salió, el duque y Elena respiraron mas libremente.

—Sentémonos, señorita, dijo el duque; tenemos que hablar largamente, y he de deciros muchas cosas.

—Una sola primero, dijo Elena: ¿el caballero Gaston de Chanlay no corre ningun peligro?

—Ahora trataremos de él, señorita; pero hablemos de vos primeramente: él os ha traído á mi casa como á la de un protector; asi, pues, decidme contra quien debo protegeros.

—Todo lo que me sucede hace algunos dias es tan extraño, que no sé de quien debo temer ni de quien debo fiarme. Si Gaston estuviera aqui...

[193]

—¿Cómo es eso?

—Me equivoco, se ha mudado ya.

—¿Mi hija se ha marchado? exclamó el regente.

—Perfectamente, contestó Dubois.

—¿Por dónde?

—¡Toma! por la puerta... ¡Oh! no es una de esas señoritas que se evaden por las ventanas durante la noche. Es de nuestra sangre, monseñor, y si yo lo hubiera dudado un solo minuto, ya estaria convencido ahora.

—¿Y Mad. Desroches?

—Mad. Desroches está en el Palais-Royal. En este momento la he dejado que venia á anunciar esta noticia á S. A.

—¿Pero no ha podido impedir nada?

—La señorita ordenaba.

—Pues haber hecho cerrar las puertas. Los criados ignoraban que fuese mi hija, y no tenian razon alguna para obedecerla.

—La Desroches ha tenido miedo de la cólera de la señorita, pero los criados han tenido miedo de la espada.

—¿De la espada! ¿Qué dices? Tú estás ebrio, Dubois.

—¡Ah, sí! sin duda que mi régimen es para eso; yo no bebo mas que agua de achicorias. No, monseñor; si yo estoy ebrio, es de admiracion por la perspicacia de V. A. cuando quiere conducir un negocio por sí solo.

—¿Pero qué has hablado de espada? ¿Qué espada era esa?

—La espada de que dispone la señorita Elena, y que pertenece á un lindísimo joven.

—¿Dubois!

—Que la ama mucho.

—Dubois me volverás loco.

—Y que la siguió desde Nantes á Rambouillet con infinita galanteria.

—¿Mr. de Livry?

—¡Calle, sabeis su nombre! Entonces nada os enseño de nuevo, monseñor.

—¿Dubois, estoy anonadado!

—Y hay de qué, monseñor; eso es lo que tiene hacer sus negocios por sí mismo, cuando ni aun se tiene tiempo para ocuparse de los de la Francia.

GACETILLA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana.

S. BERNARDO ABAD, DOCTOR Y FUNDADOR.

San Bernardo primer abad de Claraval, ilustre por la cantidad de su vida, por su doctrina y por sus milagros, siervo muy celoso y muy querido de la santísima Virgen, la luz del mundo cristiano, y uno de los mayores ornamentos de la iglesia de Francia, nació el año 1091, en la reducida población de Fontaineser provincia de Borgoña. Para conservar su inocencia retiróse á la nueva reforma del Cister, donde creció en él la encendida ansia de una consumada perfección. Habiéndole enviado á fundar su instituto en Claraval, en breve se hizo muy célebre aquel monasterio por el extraordinario mérito y eminente virtud de su santo abad. Después de haber sido padre de los pobres, maestro de los religiosos y predicador de la penitencia, mostró Dios haberle escogido para pacificador de las turbaciones públicas, taumaturgo de su tiempo, y azote de los enemigos de la fé. Al rededor de él no se oían mas que aclamaciones, gritos de alegría, apellidándole en todas partes el ángel de la paz y la columna de la Iglesia. Escribió muchas obras llenas de aquella moción y dulzura espiritual, efecto del abrasado amor de Dios que inflamaba su corazón, y de aquella tierna devoción, que era propiamente su carácter.

CULTOS.

Día 19.

En la iglesia de religiosas de santa Magdalena, á las cinco y media de su tarde, se practicará el acostumbrado ejercicio de la preciosa muerte de la beata Catalina Tomas.

Día 20.

En la iglesia de S. Cayetano, se dá principio á la oración de cuarenta horas en honor de santa Juana Francisca Fremiot. A las ocho de su mañana se espondrá S. D. M. y seguidamente se cantará sexta. A las diez, se dirá nona, y luego la misa mayor. Por la tarde, después de laudes, se hará un rato de oración mental y se dirá la estación al santísimo Sacramento. La reserva será á las ocho de la noche.

VARIACIONES ATMOSFÉRICAS DE AYER.

Horas.	Termómetro	Barómetro.	Hygrómetro
7 de la mañ. ^a	21 grados.	28 p. 4	86 grados.
12 del día.	23	28	85
5 de la tarde.	22	28	85

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las— 5 hs. 44 ms.

Pónese á las— 6 » 46 »

Los relojes deben señalar al mediodía verdadero las 12 hs. 3 ms. 43 s.

EFEMÉRIDES.

De ayer.

382.—Manda el emperador Teodosio que ninguna sentencia de muerte se egecute hasta después de 30 días de decretada.

985.—Muere en Zamora el rey de Leon D. Ordoño III.

1503.—Muere el Papa Alejandro VI, natural de Jativa en Valencia.

De hoy.

1422.—Muere Enrique V, rey de Inglaterra.

1493.—Es saludado emperador de Alemania Maximiliano I, abuelo del invicto Carlos V.

ANUNCIOS.

En la calle de la Barretería, manzana 237, número 49 se alquila una botiga con dos cuartos dormitorios. Darán razon en casa del Dr. Bauzá, calle de la Almudaina.

Se desea vender una casa zaguán situada en uno de los puntos mas céntricos de esta ciudad. Reune cuantas comodidades puedan desearse y ademas tiene jardín. En esta imprenta darán razon.

Se han extraviado cuatro bo-

tones de oro, de puño de camisa, de los que usan las payesas. Están unidos de dos en dos. La persona que los haya encontrado y quiera devolverlos acuda á esta imprenta, en la que se le dirán quien es su dueño el que dará las señas, comprobándolos con otros iguales y gratificará el hallazgo.



A principios del mes entrante saldrá de este puerto para el de Puerto-Rico la polacra española Santísima Trinidad al mando del capitán D. José Singala admite pasajeros á quienes promete el esmerado trato que tiene acreditado, la despacha D. Miguel Fiol y Ripoll.



Funcion por la tarde.

Se pondrá en escena la comedia de gracioso en 3 actos, titulada

EL DIABLO PREDICADOR,

exornada con todo el aparato que requiere.

Esta funcion no va comprendida en el abono y los señores abonados disfrutarán de sus localidades gratis.

A las 4 y 1/2.

NOTA Se está ensayando igualmente el grandioso drama en 3 actos, nuevo en este teatro, original del célebre Zorrilla, nominado

TRAIDOR INCONFESO Y MÁRTIR (1).

El día en que se ponga en escena este drama bailarán la señorita Llanos y el Sr. Nieto *El vals de la Wiennoisse*.

(1) Véndese en la librería de Rullan hermanos.

IMPRENTA BALEAR

á cargo de Pedro José Umbert, editor responsable.

[194]

--Pero en fin, ¿dónde está ella?

--¡Ah, eso es lo que yo no sé!

--Dubois, tú eres quien me has hecho saber su fuga, y á tí te corresponde decirme su retiro. Mi amado Dubois, es preciso que me encuentres á mi hija.

--¡Ah, monseñor! Os pareceis furiosamente á los padres de Moliere y yo á Scapin... ¡Ah, mi buen Scapin, mi amado Scapin, mi chiquito Scapin, encuéntrame á mi hija! No lo diría mejor Geronte, monseñor; ¡jea, pues, se buscará á la niña, se la encontrará, y se os vengará de su raptor!

--Bueno, encuéntrame, y pídemelo luego todo lo que quieras.

--¡Corriente, eso se llama hablar!

El duque había caído en un sillón apoyando la cabeza entre las manos, y Dubois lo dejaba en su dolor aplaudiéndose de un afecto que redoblaba el imperio que tenia ya sobre el duque. De repente, y mientras que él lo miraba con la maliciosa sonrisa que le era habitual, tocaron con mucho tiento á la puerta.

--¿Quién va? preguntó el abate.

--Monseñor, dijo una voz de ugier detras de la puerta; abajo hay, en el mismo fiacre que ha traído al caballero, una jóven que pregunta si no bajará pronto y si deberá continuar esperando.

Dubois dió un salto, y se precipitó hácia la puerta; pero ya era tarde; el regente, á quien las palabras del ugier habian recordado la promesa solemne que acababa de hacer á Gaston, se había ya levantado.

--¿Dónde vais, monseñor? preguntó Dubois.

--A recibir á esa jóven, contestó el regente.

--Ese es negocio mio, y no vuestro: ¿olvidais que me habeis abandonado esta conspiracion?

--Es verdad que te he abandonado el caballero; pero tambien he prometido á este servir de padre á la que ama: he dado mi palabra, y la cumpliré. Ya que le mato á su amante, justo es, al menos, que la consuele.

--Yo me encargo de ello, dijo Dubois, pretendiendo ocultar su palidez y su agitacion bajo una de aquellas sonrisas diabólicas que solo á él pertenecian.

--¡Cállate y no te muevas de aquí! exclamó el regente; si no, me harás cometer alguna otra indignidad.

--¿Qué diablos, monseñor; dejadme al menos que la hable!

[195]

--Yo le hablaré muy bien, descuida; estos no son negocios tuyos. Estoy comprometido personalmente; he dado mi palabra de caballero... Vamos, silencio, y quédate aquí.

Dubois se roía los puños; pero cuando el regente hablaba en este tono era preciso obedecer, y no tuvo mas recurso que recostarse contra la chimenea y esperar.

Pronto se oyó detras de la puerta el rozamiento de un traje de seda.

--Si, señora, dijo el ugier; por aquí es.

--Aquí está, dijo el duque: Dubois, piensa en que esa jóven no es responsable de las faltas de su amante; por consecuencia, guárdale las mayores consideraciones, ¿entiendes? Y volviéndose en seguida hácia la parte de donde venia la voz, añadió:

--Entrad.

La puerta se abrió precipitadamente, y la jóven dió un paso hácia el regente, que retrocedió como herido de un rayo.

--¡Mi hija! murmuró intentando recuperar su imperio sobre sí mismo, mientras que Elena, después de haber buscado á Gaston por todas partes con la vista, se detenía, haciendo una reverencia.

En cuanto á Dubois, fácil es figurarse el gesto que haría.

--Perdonad, caballero, dijo Elena, pues tal vez me haya equivocado. Buscaba á un amigo que me había dejado abajo y que debía volver á buscarme; mas viendo que tardaba, me he aventurado á preguntar por él. Aquí me han conducido, y eso tal vez sea un error de parte del ugier.

--No, señorita, dijo el duque; el señor caballero de Chanlay acaba de dejarme en este instante, y yo os esperaba.

Más en tanto que el regente hablaba, preocupada la jóven hasta el punto de olvidar por un instante á Gaston, parecia hacer un esfuerzo para resucitar todos sus recuerdos: y como respondiendo á sus propios pensamientos, exclamó de repente:

--¡Oh, Dios mio!... ¡Es extraño!

--¿Qué teneis? preguntó el regente.

--¡Oh, sí; este es!

--Acabad, dijo el duque, porque no puedo comprender lo que quereis decirme.

--¡Oh, caballero! dijo Elena temblando: ¡es cosa singular cómo vuestra voz me recuerda la de una persona!...

Elena se detuvo vacilando.